

—Vaya con Dios, D.<sup>a</sup> Mercedes; y no se apesure, que no corre prisa.

Ya la tenemos armada, caramba! se dijo D. Cirilo al verse solo. Todas las mujeres son lo mismo. Demontres y qué comezón les entra de averiguarlo todo, y qué pícara curiosidad de descubrir las cosas. Y á uno no le dan tiempo para pensar lo que va á decir. Lo que es nuestra madre Eva no desconocería á sus hijas si diese una vueltecita por el mundo.....

Presentóse D. Santiago, seguido de su esposa, y después de los saludos de rigor, le dijo el marido:

—Mercedes me ha dicho que tenía usted un encargo para mí, y que recela que sea una mala noticia. Hábleme con franqueza, pues me gusta saber la verdad, por dura que sea.

—La cosa no es para tanto, D. Santiago; sino que la buena de D.<sup>a</sup> Mercedes se sobresalta sin motivo.

Sepan ante todo que nada malo ocurre; y ahora déjenme contarles de pé á pá lo sucedido.

—Le escuchamos.

—No sé si sabrán que Juan Luna fué ayer mañana á traer los potros de la sierra...

—Estamos enterados, le dijo D. Santiago. Siga usted.

—Pues sucedió que empezó á nevar; y como las mujeres son tan *aparateras*, la Petra, al ver que no volvía para la hora de comer, escandalizó el barrio con sus gritos. ¡Como si tuviera nada de particular que Juan, viendo el tiempo malo, se refugiase en alguna cueva ó *chaola* hasta que pasase la tormenta!—Pues no señor; y que su marido habría venido; y que si la noche había sido helada y espantosa... y que patatín y que patatán: en fin que, estaba como una loca.

—No falta razón á la pobre, interrumpió D.<sup>a</sup> Mercedes.